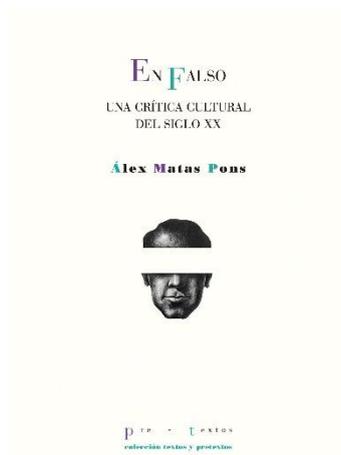


SOBRE LOS MITOS DE LA IDENTIDAD

Álex MATAS PONS, *En falso: una crítica cultural del siglo xx*. Valencia, Pre-Textos, 2017, 256 pp.



En 1985, el profesor de la Universidad de Princeton Melvin Tumin fue acusado de racismo por referirse a dos alumnos, a los que no había visto en todo el curso, empleando el término *spook*, que aunque significa ‘espectro’ o ‘espía’, se usa también como expresión peyorativa hacia la raza negra, a la que pertenecían —casualidades de la vida— dichos alumnos. El caso sirvió de inspiración para el novelista Philip Roth, que lo narró en su novela *La mancha humana* (2000) como ejemplo de los excesos de mojigatería a que había llegado la sociedad estadounidense en su obsesión por la corrección política.

El caso es que en 2013, veintiocho años después de estos hechos, el profesor de la UCLA Val Rust fue objeto de la misma acusación por algunos de sus alumnos, que aducían que el procedimiento de corregir sus errores gramaticales en clase constituía un caso de «microagresiones» que contribuían a formar un clima de hostilidad hacia los alumnos afroamericanos. No cabe ninguna duda, pues, de que la situación ha empeorado significativamente, hasta el punto de que las voces sólo se hacen oír en proporción a los sentimientos puestos en juego, es decir, a la finura de la piel que ha sufrido algún tipo de afrenta, por absurda que pueda parecer, y al poder de convocatoria que pueda mostrarse a la hora de denunciar este tipo de agravios: lo demuestran no sólo algunos de los kafkianos procesos por enaltecimiento del terrorismo que han surgido a partir de chistes más o menos afortunados, sino también la proliferación de acusaciones de «fascismo» o «nazismo» que ignoran por completo el significado histórico de estas ideologías, pervirtiendo de esta manera el sentido que pueda darse a estos términos.

El ensayo de Álex Matas Pons *En falso: una crítica cultural del siglo xx* viene a demostrar que este escenario en el que nos movemos tiene su origen en los equívocos sobre los que se asienta a partir del siglo XVIII la noción de identidad, que será uno de los caballos de batalla de la Modernidad más beligerante, pero que entra en crisis tempranamente, ya a finales del XIX. *En falso* ha sido reconocido con el Premio Internacional de Crítica Literaria Amado Alonso de 2016, lo que dice mucho de su alta calidad científica: en primer lugar, cabe destacar la sagacidad con que su autor se enfrenta a la tarea de jalonar las etapas que conducen a esa crítica cultural del siglo XX prometida en el título; pero, además, es digna de notarse la información que ofrece, no sólo a partir de una bibliografía construida

con referencias de primera línea, sino también de su capacidad para relacionar textos literarios con figuras y acontecimientos históricos relevantes, entrelazando con habilidad todos los hilos para ofrecer al lector una visión alternativa de una idea que se asienta, efectivamente, en falso.

Cuando Jean-Jacques Rousseau plantó la semilla de la introspección en sus *Confesiones* (1765-70) lo hizo agitando la bandera de su individualidad, libre sin restricciones y «con toda la verdad de la naturaleza». Como indica Álex Matas, esta exaltación del «yo» espontáneo y sincero se opone al principio de identidad clásico, que hasta entonces se componía a partir de la imagen que se construía el sujeto en la sociedad. Al igual que hizo el ginebrino, los escritores románticos que se lanzaron a construir su «yo» —Chateaubriand, Constant, Amiel— lo hicieron posicionándose en la autonomía absoluta de su identidad, ajena a, e incluso en contra de, cualquier condicionamiento social. El gran peligro que este posicionamiento implica, como ya pudo verse en la biografía del «pauvre Jean-Jacques», es el de la paranoia, pues el «yo» que prescinde de los demás para reinar en soledad sobre sí mismo termina percibiendo el mundo exterior como el enemigo que se opone a su reinado: cualquier dificultad —y hay que reconocer que las que sufrió Rousseau no fueron pequeñas— se juzga efecto de una oposición a la felicidad del «yo» llevada a cabo por cualquier «otro». El enaltecimiento de la sentimentalidad, que aparece también en *Emilio* o en *La nueva Eloísa*, hace que la relación con los demás se manifieste únicamente en forma de simpatía o antipatía, y nunca como alteridad. De esta manera, el culto al «yo» desemboca a menudo en una toma de posición egocéntrica, según la cual quien no está con él, está contra él. Por su parte, los totalitarismos hacen suya la identificación colectiva del «yo» en un «nosotros» que adquiere, igualmente, tintes paranoicos en su relación con cualquier grupo que pueda salirse de la norma, lo que les lleva directamente a la institucionalización del terror.

Es lógico, por tanto, que el «yo» moderno, cuajado en un individualismo cada vez más extremo —en una huida hacia adelante cuyos efectos estamos padeciendo—, comencese a mostrar sus fisuras unos cien años después de la muerte de Rousseau. El ensayo de Álex Matas, que se ciñe al siglo XX, inicia su investigación precisamente en el año 1900, en que Joseph Conrad publica una de sus novelas más importantes, *Lord Jim*. La absurda muerte de su protagonista —una muerte voluntaria que no reporta ningún beneficio para su comunidad, salvo el de restaurar para sí mismo una imagen de héroe que había perdido con su acto de cobardía al abandonar el Patna— demuestra, en efecto, que la identidad de su «yo» ha sido contruida desde un punto de vista estético, atento a una pulsión narcisista que deja completamente de lado los condicionamientos éticos que en el mundo clásico habían servido para sostener la identidad del individuo, en función de lo que cada uno podía hacer al servicio de la comunidad.

A partir de aquí, el análisis que propone Álex Matas de muy diversos textos literarios —desde clásicos contemporáneos como *El gran Gatsby* o *Jusep Torres Campalans* hasta novelas policíacas como *La máscara de Dimitrios* o *El talento de Mr. Ripley*— sirve para ir desmontando, uno tras otro, todos los tópicos asociados al individualismo moderno: el espejismo de singularidad de las figuras públicas con el que se invita a identificarse a un público nada singularizado; la estabilidad del carácter individual, enfrentado a la multiplicidad de personalidades que, en un ejemplo extremo, practican los

espías en su día a día; el mito de la autenticidad con que pretendemos eludir el juego de máscaras que llevamos a cabo en nuestra propia cotidianidad, abocados bien a la teatralidad, bien a la invisibilidad. Merece una mención aparte el último capítulo, dedicado a las puritanas banderas de lo políticamente correcto, que reaccionan en nombre de la comunidad —y he aquí una de las paradojas de nuestra época— contra todo pensamiento que se atreva a cuestionar los mitos del individualismo, amenaza que perfiló la teoría postestructuralista, tal como nos recuerda el autor: «la conciencia de la falsedad de cualquier principio de autenticidad o de genuinidad significa que no se puede generar un relato capaz de dotar de un significado inequívoco ni a la existencia de uno ni a la verdad del mundo» (p. 218). Semejante audacia sería castigada por los guardianes de la corrección cuando se descubrió el pasado antisemita de Paul de Man: su intento de desprestigiar su pensamiento invocando su pasado —de igual manera que sucedió con Heidegger o con Blanchot— se revela como síntoma del poder que ejerce aún ese individualismo que, como señalaba al comienzo de esta reseña, sigue marcando los rumbos de la sociedad contemporánea según la fuerza del sentimiento, más que de la razón o las razones.

Sirva la mención del profesor belga —cuyo caso se pone en paralelo al del protagonista de *La mancha humana*— para anotar una característica importante de este ensayo: aun tratándose de un libro de teoría y crítica literaria, su objetivo es en realidad un ejercicio de crítica cultural que apela igualmente a personajes y acontecimientos históricos que marcaron significativamente el siglo XX. Así, la excepcionalidad buscada por los protagonistas de los locos veinte no sólo se estudia a través de la figura literaria de Jay Gatsby, sino también de la histórica de Charles Lindbergh; el análisis de las inaccesibles personalidades de los espías modernos no se limita a los casos de los escurridizos Dimitrios o Harry Lime, sino que incluye también a Kim Philby y el resto del grupo de Cambridge; el estudio de la novela de Ralph Ellison *El hombre invisible* (1952) desemboca en un análisis del movimiento contracultural de los años sesenta, que culminaría en las revueltas parisinas de mayo de 1968.

Nos hallamos, por tanto, ante un ejercicio riguroso de historia de las mentalidades que, además, se posiciona críticamente contra los mitos de esa identidad coherente y estable que pretendieron constituir Rousseau y sus seguidores a través de algunas de las denuncias que por medio de la literatura se hicieron a lo largo del siglo pasado, marcando de esta manera la trayectoria que ha venido siguiendo el individualismo hasta llegar al vaciamiento de su significado en forma de anuncios publicitarios de automóviles o perfumes —donde la compra del producto garantiza la singularidad e incluso la excepcionalidad del carácter—. Algo que también hizo, desde un punto de vista humorístico, Groucho Marx en este sabio aforismo que puede servir como conclusión: «El secreto del éxito se encuentra en la sinceridad y la honestidad. Si eres capaz de simular eso, lo tienes hecho».

Juan Carlos PUEO
Universidad de Zaragoza